

raleza y otros prodigios, dan testimonio de quien es, y por esto el Centurion esclama: «Verdaderamente que este era Hijo de Dios.»

Pues, bien, señores: acercaos con el mayor respeto al altar santo; registrad con vuestra vista el sagrado viril. ¿Qué es lo que en él descubris? Con la vista natural solo pan, pero con los ojos de la fé á un Dios. ¿Descubris su divinidad? ¿Entreveis al través de los accidentes su sacratísima humanidad? ¿Veis á su alrededor algun aparato de grandeza? Todo es aquí sombras y oscuridad: ni se oye la voz del Padre, que dice como en el monte cuando la Transfiguracion: «Este es mi hijo muy amado, en quien yo me he complacido (1);» ni se escuchan los ecos de los ángeles, esclamando en dulces himnos como en la gruta de Belén; ni nada se ve ni se percibe: á estado tan humilde quiso reducirse el Salvador del mundo. Ved si puede mostrar mayor ternura: en este estado únese al hombre, haciéndole participante hasta de su misma divinidad.

¿Quién puede resistir las finezas de un Dios que se da á sí mismo en alimento? ¿Dónde se ha visto que nadie rehuse los extremos del amor? ¿Qué misterios! Aquel en quien la fuerza es su astro dominador, el trueno su voz, sus armas el viento y el fuego abrasador; cuya presencia aterra á los mortales, es el mismo que nos ama hasta el extremo de darnos su misma carne en alimento. Si fuera tan espresivo con nosotros como Asuero con Esther; si á su partida del mundo hubiera hecho con nosotros lo que Elías con

(1) Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi bene complacui. Math. cap. XVII, v. 5.

su discípulo Eliseo, que fué dejarle su manto (1), seria cosa de maravillarnos; pero esto es nada en comparacion de lo que hace en el Cenáculo, pues que si quisiera dar á su Eterno Padre una prueba de lo que le ama, no pudiera darle otra superior, ó que escediese á la que á nosotros nos ha dado. ¡Ah! que la institucion de la Eucaristía es como el enagenamiento dulce de Dios, por el que no solamente viene á nuestros brazos, sino hasta nuestro mismo corazon. En verdad que no puede concebirse mayor esceso de amor y de ternura.

¡Gran Dios! ¡quién se volviera todo lenguas para alabar con mil voces vuestra bondad á favor de las miserables criaturas! Gracias infinitas os sean dadas; bendígaos el cielo y la tierra, los ángeles y los hombres, las criaturas todas animadas é inanimadas, por vuestra gran misericordia, que os ha obligado no solo á padecer y morir por nosotros, sino á quedaros en nuestra compañía hasta la consumacion de los siglos, haciéndoos nuestro alimento de vida eterna... Pero no nos detengamos, cristianos; y si hemos visto en la Eucaristía el misterio de la ternura de Dios para con el hombre, veamos ahora como es tambien el misterio de la exaltacion del hombre hasta su Dios.

SEGUNDA PARTE.

Tan feliz como era el hombre antes de la culpa, tan miserable y desgraciado quedó despues de su pecado. El mismo Dios que dice se arrepiente de haberle criado (2), estiende su vista con mayor complacencia

(1) Et levavit pallium Elie, quod ceciderat ei. IV. Reg. cap. II, v. 13.
(2) Gén. cap. VI, v. 7.

sobre el pintado pajarillo que surca los aires, y despues sostenido sobre débil rama entona trinos armoniosos, que sobre el hombre ingrato que habia quebrantado el pacto que con él le ligara. ¿Cómo habia el hombre de lavarse de su pecado? ¿Cómo habia de quebrantar las duras y pesadas cadenas que le aprisionaron al terrible carro del demonio? ¿Cómo habia de poderse restituir por sí mismo la libertad que perdiera? De ningun modo podia salir de su mísero estado sin que la divinidad misma penetrase por la oscuridad de su calabozo y cargase con sus cadenas. Asi sucedió: fijóse de nuevo en el hombre la mirada de Dios, y esta mirada envolvía de un modo admirable toda nuestra gloria y nuestra exaltacion. ¿Quién nos hizo caer de la altura de nuestra dignidad? ¿Quién nos envileció y degradó hasta el término de hacernos semejantes á las bestias? ¡Ah! La carne y la sangre. Tanto desagrada á Dios, que no señala otra causa para no permanecer en el hombre, sino que es de carne (1). San Juan no se vale de otros términos que el de carne y sangre para distinguir los hijos de Dios de los hijos de los hombres (2). Ahora bien, y puesto que Dios aborrece tanto la carne y la sangre, ¿cómo es que lo veo revestido de carne y sangre? Ved aqui ya descubierto el misterio de nuestra exaltacion. Esta misma carne que nos envileció la une á sí el Verbo Eterno, y despues nos la dá en comida, para que lo que fué causa de nuestra perdicion lo sea de nuestra elevacion.

Contemplad, mis hermanos, si hay algo superior

(1) Non permanebit spiritus meus in homine quia caro est. Gén. cap. VI, v. 3.

(2) Qui non ex sanguinibus... Joan. cap. I, v. 13.

al hombre que tiene la dicha de unirse sacramentalmente á Jesucristo. ¡Cuánta felicidad! En el momento en que el alma se une con Jesucristo, como este Señor es Rey de reyes y Señor de los que dominan, ella es tambien elevada á la dignidad que goza Jesucristo, y este Señor la corona y pone en sus manos el cetro de oro con que domina á las criaturas todas. Es preciso que así sea, pues que el mismo Jesucristo nos lo dice por estas palabras: «El que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí y yo en él. *Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, in me manet et ego in illo* (1). Si los bienaventurados en el Empíreo se embriagan de delicias, no son menos las que llenan el corazon del hombre que se une con Jesucristo por medio del Santísimo Sacramento de la Eucaristía.

Es, pues, indudable que la institucion de este Sacramento como quiera que se mire, es el mayor de los prodigios de Dios, la suma, el complemento y la prueba mas inequívoca del amor de Jesucristo hácia los hombres, pues es el rasgo mas brillante de su ser Omnipotente, segun se espresa San Clemente Alejandrino. Por la elevacion que ha dado á nuestra carne uniéndola á su divinidad y dándonosla en alimento, ha exaltado al hombre á la mayor altura: ni aun los ángeles tienen ya motivo de despreciar nuestra dignidad, antes por el contrario, la admiran.

Instemos aun mas para comprender todo el amor que Jesucristo nos tuvo en su despedida. Oísteis en la primera parte, que antes de instituir el Salvador el Sacramento de la Eucaristía, habia asegurado que

(1) Joan. cap. VI, v. 17.

seria vendido por uno de los mismos discípulos que con él estaban sentados á la mesa. Como todo le estuviera presente, conocia muy bien que Judas le habia de entregar en cambio de dinero en manos de una turba sacrílega, que despues de presentarle á los tribunales y hacerle sufrir los mas crueles tormentos, le habian de quitar la vida en afrentoso patíbulo. Nada de esto podía ocultarse á aquella inteligencia, do residian todos los tesoros de la ciencia del Padre celestial (1). En aquellos momentos precisamente, se le presentarian la multitud de ultrajes y deprecios que habia de recibir de aquellos mismos por quienes iba á dar su vida. En el instante mismo en que instituia el Sacramento de su amor y escogia por trono las manos de sus sacerdotes, se le presentaria tanta multitud de heregías como habian de suscitarse en los siglos futuros: los muchos sacrilegios que se habian de cometer, y veia, mis hermanos, esa falta de decoro con que os habiais de presentar ante sus tabernáculos, y no ignoraba que su mismo cuerpo habia de ser despreciado y arrojado por la codicia de los hombres que así le habian de tratar por apoderarse de los vasos sagrados donde habia de ser depositado, y veia demoler sus templos y apagarse sus lámparas, porque manos sacrílegas, bajo este ó el otro pretexto, se habian de apoderar de los bienes destinados á su culto; y no ignoraba que sus ministros serian objeto del encono y odio mortal de unas sectas que habian de aparecer, y que titulándose filósofos habian de estender la mortífera epidemia de la impiedad; conocia, en suma, que habia de llegar la rabia de los hombres

(1) Ad. Colos. cap. II, v. 3.

hasta el extremo de negar su presencia en la Eucaristía.

Y qué, ¿el conocimiento de estas verdades no le retraeria de llevar á efecto la institucion del Santísimo Sacramento? No, mis hermanos, pues que si bien lucharon en su corazon el amor y nuestra ingratitud, triunfó el amor, y quedóse entre nosotros como habia determinado hacerlo, para darnos la vida y la inmortalidad. Parece que desentendiéndose de su gloria y majestad, y sin pararse, digámoslo así, en los ultrajes y deprecios que habia de recibir de los hombres, realiza impulsado de su amor el prodigio de la Eucaristía, para que en ella encontremos nuestro consuelo y alegría.

¿Cuál debe ser, pues, mis amadísimos hermanos, nuestra correspondencia y gratitud á beneficio tan singular? ¿Qué podremos ofrecer á nuestro Salvador en recompensa de lo mucho que nos ha dado? ¡Ah! nuestra alma y nuestro corazon, todo cuanto hay en nosotros debemos entregar á quien tan liberalmente se nos ha entregado todo. Acudid con frecuencia á su presencia, y procurad uniros con Padre tan amante y cariñoso por medió de la sagrada comunión, donde os saciareis de sus aguas inmortales: arrojaos á la sagrada mesa á ser participantes de la prenda del mayor amor; alimentaos continuamente de esa carne adorable, y cual los ángeles del cielo, rodead siempre su Tabernáculo de día y de noche; no ceséis de cantar sus alabanzas y de colmarle de bendiciones: entonad cánticos é himnos de gratitud y acción de gracias al Cordero que se ha sacrificado víctima del amor: y en testimonio de que le amais, de que no olvidais sus beneficios, de que no sois indiferentes á sus grandísi-

mas bondades y á las pruebas de amor que nos ha dado, principalmente en la institucion del Santísimo Sacramento del Altar, entregadle todo vuestro corazón, y tanto al recibirle en vuestros pechos, como al verle en el templo ó fuera de él, dirigidle vuestra voz, diciéndole con los veinticuatro ancianos del Apocalipsi y los innumerables espíritus que circundan su trono: Digno, sois, Señor, de recibir la gloria, la virtud, el poder y las alabanzas de todas las criaturas. ¡Loor eterno! bendicion, magnificencia, honor inmortal al Cordero que vive y reina por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON

PARA EL JUEVES SANTO POR LA TARDE.

MANDATO.

Jesucristo lavando los pies á los discípulos, nos enseña cómo debemos practicar la caridad fraterna, hasta con nuestros mismos enemigos.

Exemplum enim dedi vobis, ut quemadmodum ego feci, ita et vos faciatis.

Ejemplo os he dado, para que al modo que yo lo he hecho con vosotros, tambien vosotros lo hagais.

Joan. cap. XIII, v. 15.

Señores: ¿Habeis observado la ceremonia que acaba de practicar ese venerable ministro de Jesucristo? ¿Le habeis visto postrado delante de esos hombres lavándoles los piés, enjugándoselos con una toalla y besándoselos amorosamente? Pues no es mas que una repeticion de lo que hizo el Salvador con sus discípulos, antes de separarse de ellos para empezar á andar el camino áspero de su pasion.

Acabada la cena legal, levantóse el Señor de la